

— Mi General, si no entra en sus planes abandonar desde luego á San Javier y cree que todavía se puede resistir, aunque sólo sea un poquito, me tomo la libertad de pedirle me deje en el punto; yo me comprometo á defenderle con mi batallón de Guanajuato...

— ¿Qué? ¿qué dice? interrumpió colérico Mendoza, cerrando los ojos y meneando en la boca, como de costumbre, el bolo alimenticio. ¿Qué dice el teniente coronel Smith?

— El teniente coronel Smith se compromete á defender por algunas horas más á San Javier, repuso Ortega.

— ¿Usted, Bernardo, trata de hacer eso? preguntó don José María. Es menester que prescindamos de querer imitar á los *Tres Mosqueteros*... Nada de bastión de San Gervasio, nada de servilletas izadas como estandarte... No convienen las locuras... Se trata de una cosa seria, de lo más serio que puede haber en el mundo, y no permito que se ponga en ridículo el nombre de la patria, ni que se sacrifiquen tontamente muchachos de brío que pueden servir para muchas cosas.

— Nada se pierde con probar, dijo Smith con flemma.

— En efecto, nada se pierde, insinuó Ortega, que se pirraba por esas empresas arriesgadas y artagnanescas.

— Bien, expuso Mendoza, nada se pierde; pero el tiempo sí se pierde. Ordenemos todo para resistir el asalto, que no tardará en venir.

San Javier presentaba al Oeste un fuerte bastionado y al Norte una gran cortina; tenía al Este una media luna que cubría la entrada, y por el lado de la ciudad un frente bastionado irregular. Así resultaba un recinto continuo que rodeaba la construcción y enlazaba la Penitenciaría con San Javier. El conjunto de la construcción tenía como doscientas varas de largo y ochenta de ancho, con tres grandes patios interiores y diversos cuerpos de edificios.

Luego que Smith recibió el fuerte, se puso á comer con toda tranquilidad y llamó á sus compañeros Montesinos, Rosado, Troncoso y Rodríguez.

— Amigos, les dijo, ustedes comprenden cuál es el objeto del General al disponer que continúe la defensa: arreglarlo todo de manera que puedan resistir los re-dientes de Morelos y perfeccionarse la fortificación de Guadalupe. Hay, pues, que sostener esto cuarenta y ocho horas. Son las cuatro de la tarde del día veintiséis; á las cuatro de la tarde del veintiocho termina nuestro compromiso... Antes, no podemos abandonar esto, sino porque nos saquen con los pies para adelante.

— Pues yo, exclamó Rosado, no pienso salir aunque pasen las cuarenta y ocho horas, mientras haya un soldado que me acompañe; aquí me matan ó me cogen prisionero.

— ¡Y yo!

— ¡Y yo!

— ¡Y yo también!

— ¡Y todos! dijeron Troncoso, Smith, Montesinos, Rodríguez y Sánchez-Ochoa.

Don Gaspar no lo tomó á broma, sino que empezó á enterrar en el suelo bombas unidas por mechas y rematadas por piolas, que habían de hacer explosión al entrar los franceses. Quiso Dios que no hubiera habido tiempo de ejecutar aquella locura heroica, que apenas se concebía en las épocas de los arraeces levantiscos, que mendedaban mancebos cristianos y cenaban doncellas cristianas.

Miguel Caballero formaba parte del batallón de Rosado, y á eso de las siete, hallándose de servicio en el bastión de lá derecha, creyó observar que unas sombras se deslizaban más acá de la tercera paralela, cerca del lugar en que estuvo después la cuarta. Aplicó la vista Miguel, no creyendo posible que hubiera quien se aventurara en medio de aquellas tinieblas palpables á recibir un tiro de los rifleros del Norte. Mas á poco, su vista, que estaba tan acostumbrada á la obscuridad que habría distinguido en un océano de tinta una gota más negra que las otras, notó que las sombras no eran las dos ó tres que había creído primeramente, sino que llegaban á docenas, que las docenas se convertían en cientos y que los cientos se agrupaban y se reunían en bloques regu-

lares que se arrastraban simétrica y pausadamente, llevando en las manos algo que sobresalía y que podía ser las defensas de una legión de animales dañinos, los remates de un bosque de árboles, los cabos y los hierros



de muchas lanzas ó los cañones de muchos fusiles de varios batallones y regimientos.

Miguel ocurrió á dar cuenta á su jefe de lo que había visto, y Rosado se rió de él.

— No distingo nada, por más que aguzo la vista; debe de engañarse usted.

Por la noche no hubo quien descansara; se temía una alarma, y á cada momento los jefes preguntaban á Miguel si no veía por acaso los bultos que tanto le habían labrado en la jornada anterior, y arrojaban ó hacían arrojar las *peras de luz*, que tan útiles eran. A la una y media volvieron el cañoneo y el bombardeo; parecía que el mundo se venía abajo y que lo que restaba del fuerte no podría resistir un momento más. Miguel llegó á figurarse que andaba por los aires, que subía en un carro de fuego como el profeta, que iba á volar en unión de los trozos de cascote que surcaban el aire á manera de bombas oscuras...

Se oía un solo trueno, un trueno espantoso, que apenas era opacado de cuando en cuando por el detonar más potente de una de aquellas terribles bombas de catorce pulgadas, que tras de cuchichear un poco, se rompían en mil pedazos, destruyendo cuanto hallaban y no hallaban al paso. Consolaba un tanto á Miguel, notar que aquellas heridas eran casi siempre mortales. Un pobre muchacho, teniente de un batallón de Zacatecas, hablaba á Olivos no sé qué, cuando vino un casco de metralla y le destrozó la cabeza; ni la idea ni la palabra acababan de salir del cráneo y de la boca, cuando ya uno y otra estaban hechos trizas. A un artillero le partió las dos piernas una bala de cañón y quedó mudo, viendo correr un arroyo de sangre de las extremidades hechas trizas; á

los pocos instantes expiró sonriendo inconscientemente. Un mozo cuyo nombre hay que poner aquí, porque es el de un héroe, don Juan de Pérez Castro, viendo que una bomba iba á caer sobre el único depósito de pólvora con que contaba el fuerte, se precipitó á apagar la espoleta; la bomba reventó llevándose una pierna del joven teniente y él quedó satisfecho de su obra. Ahora le llaman el *cojo Castro*; pero ya quisiera yo que me apodaran cojo por haber perdido un miembro en aquella gran ocasión, y haber salvado muchas vidas humanas.

Los cañones estaban tan calientes, que quemaban al acercárseles; la luz que despedían las balas habría consentido leer á quien hubiera tenido calma para ello; los rostros de los que servían piezas parecían los de una tanda de herreros trabajando en la fragua en noche de gran tarea. A las dos y media el fuego cesó un poco, y á las tres menos diez minutos se habían retirado los franceses. Los cañonazos se oían ya menos frecuentes; después se oyeron sólo los de las baterías mexicanas, y, al fin, todo quedó en silencio... Miguel sintió impresión más intensa que con el cañoneo, oyendo las dianas, los vivos y los muertas que llenaron el baluarte después del alejamiento de los franceses.

— ¡Viva México!

— ¡Muera Francia!

— ¡Muera Napoleón!

— Ni yo, confirmó Troncoso.

— Ni yo, aseguró Smith.

— Señor, insistió Olivos, sigo viendo las sombras; de seguro son los franceses que vienen al asalto.

— Para que se convenza, dijo Rosado con sorna, dispere usted mismo una *pera luminosa*; así dejará de ver moros con tranchetes.

Tomó Miguel la pieza de zinc, la encendió, la arrojó con fuerza, y al derramarse la mezcla en el suelo, alumbró la muchedumbre de soldados que á todo correr, pero á la chita callando, llegaba del campamento francés. Al extinguirse la luz, iluminó varios objetos metálicos que lanzaban destellos capaces de cegar los ojos; varios uniformes oscuros se acentuaron en la oscuridad del suelo, y se quedaron danzando en la retina de Miguel la enorme barba de un oficial que venía al frente, y el vivo rojo de un uniforme que temblaba yendo de una parte á otra.

— ¡Fuego, muchachos! gritó Smith.

— ¡Fuego! gritó Troncoso á los artilleros.

Y en el mismo instante estalló un estruendo terrible que ensordeció á Miguel é iluminó á los que se acercaban á toda prisa. Sonó en eso una campana, y los fuegos de la izquierda se rompieron sobre todo el campo enemigo. Al mismo tiempo los redientes de Morelos, el fuerte del Carmen y siete baterías de cañones, que se colocaron á campo raso, empezaron á vomitar metralla sobre los

franceses. Contestaron con vigor al principio; pero como su artillería no les auxiliaba, pues cabalmente la llevaban detrás y les había destrozado al tratar de ofender al fuerte, pronto tomaron la vuelta de su campamento. El fuego duró un buen tiempo, y se calmó cuando los artilleros se aseguraron de que sus balas no llegarían al centro del campo enemigo.

El día siguiente lo pasó la artillería francesa en destrozarse lo poco que restaba de San Javier. Entre el muro exterior y el del coro se habían colocado techos, introducidos materiales procedentes del derribo de los edificios cercanos, y sacos llenos de tierra que servían como intestinos de aquel monstruo. Los cañonazos rompieron la pared, abollándola, cuarteándola y agrietándola primero; después habían practicado con ella agujeros que parecían bocas enormes haciendo muecas de dolor y de rabia, quitándole luego la cima á la pared y todos los salientes, y por fin rompiendo grandes trozos de cal y canto, que venían al suelo con estrépito de alud. Entonces quedaban al descubierto vigas con las cabezas podridas, puertas y ventanas que mostraban las maderas con que se empujaban en la pared como brazos extendidos que pidieran perdón; esculturas viejas con la cabeza para el suelo y la peana al aire; trozos de cornisa, balcones de madera y multitud de cosas que daban idea del desbarajuste y la destrucción.

— ¡Aquí se espinaron, tatitas!

— ¿Qué tal semos los indios?

Era aquella la prueba de que el hombre se sentía vivo, y que hambriento, trasijado, herido y expuesto á morir, celebraba la dicha de haber pasado aquella prueba y de haber salvado el pellejo, el mayor bien de todos los bienes, digan lo que quieran los que nunca lo han expuesto. Pero las felicitaciones, los abrazos y los vivas pasaban sobre charcos de sangre, entre muertos y heridos, y oyéndose á unas cuantas varas de la posición, entre el lodo y los escombros, á muchísimos heridos franceses que reclamaban ansiosamente un trago de agua, que les mudaran de postura ó que les acabaran de matar. Miguel permaneció alelado oyendo aquellas voces que partían el alma; pero sin que fuera posible salir á auxiliar á los que las lanzaban, porque la paralela francesa se encontraba á unos cuantos metros.

Cuando la tercera paralela quedó establecida, los tiradores franceses empezaron á hacer grandes destrozos entre los mexicanos que ocupaban San Javier. Preguntó Ortega á su Estado mayor si alguien sabía de quien pudiera contestar aquellos tiros.

— Mi General, dijo el coronel Lalanne, yo no conozco á nadie capaz de competir y hasta de exceder á esos tiros más que los rifleros de Pancho Naranjo.

— Pues que me los traigan, repuso el Jefe.

Y un momento después llegaron cincuenta mocetones guapos, nerviosos, trajeados á la manera de los tagarnos y llevando su excelente carabina Minie á las espaldas. Les dieron una azotea de la Penitenciaría, y desde allí estuvieron cazando franceses hasta causar asombro.

El veintiocho, luego que pasó el asalto, los jefes del pelotón, un capitancillo apellidado Treviño, un teniente á quien llamaban Naranjo, y un subteniente Martínez, se propusieron *hacer unos cuantos tiritos*, era su frase ordinaria.

Recorría las avanzadas un sujeto que llevaba á la cintura una linterna sorda; salió un tiro, se apagó la linterna, y luego se oyeron gritos y carreras de caballos.

— Le diste en la chapa del alma.

— Hasta la linterna echó de ribete.

— Pues ahora verán tres tiritos... ¡A ver, Trino, y tú, Manjarrez, y usted también, don Ángel!... Cada uno escoja el suyo... ¡A la una!...

Y salieron tres tiros y luego voces, protestas, ayes y gritos de espanto.

— Parece que eran mandones, dijo uno de ellos reclinando el fusil en un saliente de la construcción.

— Yo le dí al del caballo.

— Y yo al barrigonzote: le he de haber pegado en la tripa, porque no jierro nunca.

La luna roja y negra salía en ese momento, semejante